En María Teresa Cortés Zavala et. al, *La historia, sus métodos y posibilidades de investigación 978-607-424-559-*. Morelia (México): Des Humanidades, UMSNH.

El campo de estudio de la Historia Política y los procesos de formación del Estado en México.

Leticia Bobadilla González.

Cita:

Leticia Bobadilla González (2015). *El campo de estudio de la Historia Política y los procesos de formación del Estado en México. En María Teresa Cortés Zavala et. al La historia, sus métodos y posibilidades de investigación 978-607-424-559-. Morelia (México): Des Humanidades, UMSNH.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/leticia.bobadilla.gonzalez/20

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/pD3Y/6so

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

La historia, sus métodos y posibilidades de investigación

La historia, sus métodos y posibilidades de investigación

María Teresa Cortés Zavala
Zenaida Adriana Pineda Soto
Jorge Silva Riquer
José Alfredo Uribe Salas

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

DIRECTORIO

Dr. Medardo Serna González
Rector

Dr. Salvador García Espinosa
Secretario General

Dr. Jaime Espino Valencia
Secretario Académico

Dr. Oriel Gómez Mendoza
Secretario Administrativo

Dr. Orlando Vallejo Figueroa
Secretario de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

Dr. Héctor Pérez Pintor
Secretario Auxiliar

Lic. Ana Teresa Malacara Salgado
Abogada General

C.P. Adolfo Ramos Álvarez
Tesorero

Dr. Raúl Cárdenas Navarro
Coordinador de la Coordinación de Investigación Científica

Mtra. Tzutzuqui Heredia Pacheco
Directora Facultad de Historia

La historia, sus métodos y posibilidades de investigación

María Teresa Cortés Zavala
Zenaida Adriana Pineda Soto
Jorge Silva Riquer
José Alfredo Uribe Salas

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
DES-Humanidades
Facultad de Historia
2015

D16
C6
2015

Cortés Zavala, María Teresa, (et. al).
La historia, sus métodos y posibilidades de investigación. / María Teresa Cortés Zavala, Zenaida Adriana Pineda Soto, Jorge Silva Riquer, José Alfredo Uribe Salas (coautores), México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, (Facultad de Historia, DES-Humanidades).
187 pp.
ISBN: 978-607-424-559-2

1.- Historia– ciencia – investigación–métodos– propuestas de investigación. / 2.- Historia económica– perspectiva de la Historia económica– métodos de la Historia económica. / 3.- Historia de la Ciencia y la Tecnología –Ciencia y tecnología como problema de investigación– Ciencia y tecnología en México. / 4.- Historia política– campo de investigación de la Historia política –procesos de formación del Estado mexicano. / 5.- Historia cultural – investigación social. / 5.-Historia de la prensa –Historia de la prensa satírica–significado histórico de la prensa satírica. / 6.- Puerto Rico– Historia cultural– Historia intelectual– territorio e identidad borinqueña.
I.- María Teresa Cortés Zavala– Zenaida Adriana Pineda Soto– Jorge Silva Riquer– José Alfredo Uribe Salas.

Primera edición en español 2015
D.R. © Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

IBSN: 978-607-424-559-2

Queda prohibida la reproducción total o parcial del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular en los términos de la Ley Federal de Derechos de Autor, y en su caso, de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Introducción 9

Los métodos de la historia económica y sus perspectivas de estudio
Jorge Silva Riquer 15

La historia de la ciencia y la tecnología en México como un problema de investigación
José Alfredo Uribe Salas 47

El campo de estudio de la Historia Política y los procesos de formación del Estado en México
Leticia Bobadilla González 73

La prensa: una ruta en la historia cultural
Zenaida Adriana Pineda Soto 95

Significación histórica de la prensa satírica
Antonio Laguna Platero 111

Los intelectuales y la historia cultural. Una mirada de territorio y la identidad en Puerto Rico
María Teresa Cortés Zavala 135

Bibliografía general 169

sin sentido",[60] plantea nuevos problemas y nos obliga a profundizar en las políticas públicas sobre ciencia y tecnología y en los procesos de industrialización que tuvieron lugar en las áreas periféricas, arrastradas por la nueva articulación del mercado mundial.

[60] Zimmermann, Erich W., *"World Resources and Industries", Southern Economic Journal*, vol. 18, núm. 2, Oct., 1951, pp. 236-238.

EL CAMPO DE ESTUDIO DE LA HISTORIA POLÍTICA Y LOS PROCESOS DE FORMACIÓN DEL ESTADO EN MÉXICO

Leticia Bobadilla González
Instituto de investigaciones Históricas, umsnh

La antropología histórica y política

Las primeras preguntas que tendríamos que respondernos serían: ¿cuáles fueron las circunstancias que nos llevaron a construir diversos enfoques en donde la noción de Estado aparece cosificada? ¿Por qué nuestros entendimientos sobre el ejercicio de la política se han hecho de manera centralizada, como algo propio de los políticos que actúan en las instituciones de gobierno? Recordemos que desde la década de los años 30 hasta la de los 50 del siglo xx, en los estudios sociológicos, antropológicos e históricos predominaron posiciones neocolonialistas que enfatizaban los esfuerzos de los gobiernos por lograr el desarrollo de las zonas rurales atrasadas, cuya diversidad cultural era similar a la diversidad de sus formas políticas locales. El análisis de esta heterogeneidad de comunidades locales se hacía bajo el supuesto de que tarde o temprano tales sociedades sucumbirían ante el desarrollo y la civilización; claro que detrás de estos enfoques había la convicción, o la suposición, de que las formas occidentales de entender la política, la economía y la sociedad constituían el futuro de la humanidad. Robert Redfield, con el Continuum Folk-Urbano, se refirió a una continuidad evolutiva de las sociedades campesinas folk hacia las sociedades industriales urbanas; y el antropólogo Franz Boas, llegó a considerar que no debemos molestar a las sociedades tradicionales, sino sólo observarlas.

La antropología entonces estudiaría las tensiones suscitadas en la transición de las sociedades folk a las urbanas, de los sistemas tradicionales a los modernos,[1] en tanto que la historia construiría los discursos sobre el cambio social, entendido como progreso. Estos enfoques, herederos de una amplia tradición intelectual, legitimaban la aplicación de políticas públicas.

En el caso de México, los gobiernos de la posrevolución emprendieron una amplia revolución cultural que buscó fomentar ideas sobre la nación a partir de la creación de una historia común, la que sería acompañada por el fortalecimiento de estereotipos sobre lo mexicano. De igual manera, se pusieron en marcha diversas políticas públicas que buscaron la integración cultural y económica de distintos grupos, sobre todo indígenas, mediante el predominio del español como idioma oficial y generalizado, y mediante diversas políticas de apoyo al campo. Así, por citar dos ejemplos, historiadores como Frank Tannenbaum,[2] con *The Mexican Agrarian Revolucion*, publicado en 1929, José C. Valadez, con los 10 tomos de la *Historia general de la Revolución Mexicana*, publicados entre 1963 y 1969,[3] y Jesús Silva Herzog, con la *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana* también publicada en 1963,[4] comenzaron a hacer de la heterogeneidad del movimiento revolucionario una unidad, en donde la revolución y los caudillos del movimiento estaban todos del mismo bando, y luchaban por ideales compartidos. Muchos de estos trabajos tuvieron proporciones épicas e incluso míticas respecto de lo que creían que era la llamada historia nacional, y de las consecuencias de la revolución en la forja del nuevo Estado.

En estas obras y otras más elaboradas desde diferentes disciplinas se hizo fuerte la idea de un Estado central y benefactor, el cual, como heredero de la revolución, estaba mejor preparado para impulsar las iniciativas de cambio demandadas por los grupos populares. Y algo había de eso, al menos en cuanto a la percepción que tenía la población, toda vez que los grandes cambios operados en el país iban de la mano con la creación de dependencias del gobierno federal, como la Secretaria de la Reforma Agraria, la cual, dicho sea de paso, creó nuevas jurisdicciones burocráticas que vinieron a acotar aún más las antiguas atribuciones municipales.

[1] Véase Gledhill, John, *El poder y sus disfraces*, Barcelona, Bellaterra, 2000, p. 19.
[2] Tannenbaum, Frank, *The Mexican Agrarian Revolucion*, Washigton, The Brookings Institution, 1929; y *Mexico: The Struggle for pace and bread*, Nueva York, 1950
[3] Valadez, José C., *Historia General de la Revolución Mexicana*, 10 vols., México, M. Quesada Brandi, 1963-1967.
[4] Silva Herzog, Jesús, *Trayectoria ideológica de la revolución Mexicana, 1910-1917*, México, Cuadernos Americanos, 1963 y *Breve Historia de la revolución Mexicana*, 2 vols., México, sep, 1969.

Estos discursos desarrollistas y la llamada historia oficial o de bronce se fueron agotando en la medida en que los países no alcanzaban el ansiado desarrollo; por el contrario, los efectos de las crisis económicas plantearon diversos cuestionamientos sobre la legitimidad política de los gobiernos que los representaban.

Desde la economía se comenzaron a plantear modelos de interpretación que buscaban entender el fracaso de ese desarrollo. Los enfoques marxistas priorizaron los factores económicos y la diferenciación de clase como fundamentos para la explicación de las realidades políticas e ideológicas. Dichos enfoques también crearon marcos explicativos más universales que dieron respuestas a las perspectivas insatisfechas de desarrollo. La teoría de la dependencia que iniciara André Gunder Frank y otros autores latinoamericanos como Ciro Cardoso, Enzo Faletto y Teotonio Dos Santos se difundió a otras áreas del mundo. Su punto de partida era la distinción entre los centros de poder y los países periféricos o subdesarrollados, donde el problema de la política se explicaba en función del modo en que las burguesías locales servían a los intereses del centro. Así, los países periféricos reproducían un orden social que perpetuaba su propia dependencia.

Estas teorías, sin embargo, fueron incapaces de explicar la diversidad de las respuestas locales ante los procesos globales, e incluso sus postulados muy pronto fueron apropiados por los países desarrollados para justificar el atraso de los países del sur, así como las políticas excluyentes que mantenían respecto de los países pobres.

La falta de desarrollo desde inicios de la década de los 50 abrió paso a perspectivas críticas: en el campo de la historia, se hizo revisionismo sobre los alcances y límites de la revolución mexicana.[5] La historia política dejó de centrarse exclusivamente en el análisis de políticos y periodos de gobierno, y centró su atención en los mecanismos corporativos que el partido de gobierno ejercía con diversos secto-

[5] Robert Ross, Stanley, *¿Ha muerto la revolución mexicana?*, México, sep, 1972.

res de la población, (campesinos, obreros, sindicatos, corporaciones etc.). La corrupción, el intermediarismo político, las relaciones clientelares tejidas entre instituciones de gobierno y grupos sociales comenzaron a figurar como uno de los elementos que frenaban el desarrollo. Detrás de estas críticas estaba el reconocimiento de que las diversas regiones y localidades del país mantenían niveles de desarrollo distintos y la llamada formación de cacicazgos políticos regionales obedecía, en parte, a la necesidad de mediación entre los espacios locales y las instituciones nacionales. No obstante, estos enfoques continuaron reafirmando la idea de un Estado centralizado, que si bien ejercía su influencia regional de manera diferenciada, aún era el espacio desde donde partían las políticas públicas y se resolvían diversos reclamos sociales.

La Teoría del Actor Social y Campo Social

En 1965 el sociólogo francés *Jean Duvignaud* publicó «*Sociologia* do *teatro*», obra que marcó el inicio de toda una corriente centrada en el actor social y la llamada elección racional. Este autor había reconstruido el análisis social a partir de una metáfora que la relacionaba con una puesta en escena teatral. Así, en la sociedad había actores que se movían en diversos escenarios, cuya interacción entre sí y respecto de los escenarios daban lugar a lo que Duvignaud denominaba dramas sociales. El enfoque de Duvignaud fue retomado por varios autores, entre los que destacó el sociólogo holandés, Norman Long, quien reorientó esa teoría para retroalimentar una revisión de las nociones de desarrollo, pero también para hacer una crítica a los enfoques de intermediación política que ya hemos descrito arriba.

Para Long lo fundamental de su noción de actor social reside en poder documentar la acción de los actores sociales en eventos críticos; en su capacidad negociadora en arenas, es decir, en aquellos espacios sociales legitimados para la toma de decisiones. Según Long, también había que poner atención a las redes sociales y a la distribución de los significados y las construcciones sociales de valor generadas en diferentes arenas o situaciones. El enfoque del actor también tendrá como cometido delinear lo que llamó "interfaces críticas", es decir, aquellos momentos de contradicción o discontinuidad entre diferentes actores y mundos de vida, no sólo de grupos locales, sino también de actores

institucionales. Así, las negociaciones en las arenas y los cambios suscitados de las interfaces críticas permitirían entender la reconfiguración de las relaciones sociales y los valores asociados a las mismas. La idea es que el enfoque enfrentara la complejidad de las situaciones problemáticas, de los eventos críticos, y cómo ello se expresa en formas específicas de organización, y en el desarrollo de estrategias de acción para la toma de decisiones. Estos enfoques "interaccio- nistas", centrados en las capacidades de respuesta y en las estrategias usadas por los actores, fueron duramente criticados desde la economía política y desde la antropología centrada en las nociones de campo social.

En 1961 se publicó la obra de Alexander Lesser, *Southwestern Journal of Anthropology*. Su artículo, "Social Fields and the Evolution of Society," es uno de los primeros referentes al arranque de las nociones de campo social que posteriormente serían retomadas y ampliadas por varios investigadores. Para Lesser, la categoría de campo remite a la construcción de un espacio constituido por redes de relaciones, donde los individuos y grupos se posicionan estructurando formas y patrones de asociación y diferenciación.[6] En este caso, las teorías de campo social, al remitir a la posición de los sujetos sociales en amplias redes de relaciones, ponían énfasis en el hecho mismo de que los sujetos sociales ahí posicionados participan activamente de esas relaciones, pero a la vez son constituidos por las mismas; es decir, su acción se realiza dentro de determinadas condiciones de posibilidad que influyen en su actuar; por lo tanto, no son el resultado de interacciones en donde se ponen en juego estrategias, sino que los campos sociales son, ante todo, construcciones analíticas para comprender el alcance del conjunto de vínculos sociales necesarios para explicar nuestro objeto de investigación y sus alcances espacio temporales. Uno de los aportes derivados de estos enfoques fue la posibilidad de construir elementos analíticos que no partieran de concebir a la sociedad como una unidad, o como una totalidad coherente en función de leyes o sistemas; por esto, como menciona Sergio Zendejas,

[6] Lesser, Alexander, *History, Evolution and the Concept of Culture: Selected Papers by Alexander Lesser*, edited by Sydney W. Mintz, Cambridge University Press, Nueva York, 1984.

> no tiene sentido hacer la diferencia entre tipos endógenos y los exógenos de cambio social, como tampoco tuvieron sentido las nociones de intermedialismo político para hacer inteligibles las supuestas interconexiones de espacios sociales presuntamente separados entre sí y conectados a través de determinados mecanismos y agentes de intermediación política.[7]

Los enfoques de campo social construidos desde la antropología abrieron camino para que diversos investigadores comenzaran a plantearse la necesidad de descentralizar el estudio de la política. Florencia Mayon, en su libro *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscolonial*, hace un llamado a descentrar nuestro análisis de la historia política, sobre todo si consideramos que el concepto de hegemonía nos remite a "una serie de procesos sociales continuamente entrelazados a través de los cuales se legitima, redefine y disputa el poder y el significado en todos los niveles de la sociedad".[8]

Estudiar los procesos de formación del Estado

El objetivo del presente apartado es mostrar cómo diversos estudiosos de la antropología histórica han analizado los procesos de formación del Estado y la institucionalidad política en México. Los enfoques de la antropología histórica que abordan estos temas han destacado la dimensión cultural de los procesos históricos. En el curso de los siglos XIX y XX surgieron movimientos sociales y políticos (1810, 1850, 1860, 1910) que destruyeron el estado existente y la mayor parte del aparato militar, y después construyeron un nuevo estado y un nuevo ejército.[9] Lo que propone la antropología histórica es precisamente estudiar el gran repertorio de actividades y formas culturales presentes en los modos de organización, en las prácticas sociales, en la identidad y en la

[7] Zendejas Romero, Juan Sergio, *Política local y formación del estado. Procesos históricos de formación de espacios y sujetos sociales en un municipio rural mexicano, 1914-1998*, Wageningen, Wageningen Universiteit, 2003. p 10.
[8] Mallon, Florencia E., *Campesino y nación la construcción del México y el Perú poscoloniales*, México, colmich/ciesas/colsan, 2003, p. 85.
[9] Joseph, Gilbert M., y Daniel Nugent, "Cultura popular y formación del Estado en el México revolucionario", en Joseph Gilbert M. y Daniel Nugent (Comp.) *Aspectos cotidianos de la formación del estado*, México, Era, 2002, p. 31.

construcción de las diferencias sociales; es decir, el "conjunto regulado de formas sociales de vida". Para Philip Abrams, por ejemplo, el estado no es una cosa, un ente actuante o pensante, no es un agente, actor, u organización que está por encima de la sociedad. El Estado es una máscara, es la máscara misma de las prácticas sociales, en ella se oculta un conjunto de relaciones de poder entre grupos que disputan los recursos naturales, materiales, económicos y humanos.[10]

Cuando preguntamos a los alumnos que apenas inician su licenciatura en Historia: ¿qué es el Estado?, la respuesta más frecuente está asociada a las instituciones gubernamentales de cualquier tipo, a la constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial; a la bandera, a los símbolos patrios, a la violencia ejercida contra manifestantes por los cuerpos policiacos como una manera de percibir la fuerza del Estado. Algunos otros se apoyan en los conceptos marxistas que explican al Estado como "una máquina o aparato de represión de la clase burguesa hacia la clase proletaria". En todas estas percepciones, el Estado es presentado como una entidad cosificada, lo que implica numerosas dificultades epistemológicas. Philip Abrams ha señalado que estas percepciones representan "un triunfo del ocultamiento", pues esconden la historia de las relaciones de sujeción que están detrás de la máscara ahistórica de su ilusoria legitimidad. Es decir, la intención de enmascarar las relaciones de poder consiste en los intentos por forjar simbólica y materialmente representaciones sobre el Estado como un ente actuante y diferente de los demás sujetos sociales.[11]

Para Sergio Zendejas:

> se puede criticar o romper con esas representaciones de Estado [cosificado] poniendo énfasis en la participación creativa y conflictiva de diversos grupos locales, tanto de la élite como de la gente común en la construcción de diversos espacios sociales estratificados y sus relaciones jerárquicas con otros espacios sociales.[12]

[10] Abrams, Philip, "Notes on the Difficulty of Studying the State", en *Journal of Historical Sociology*, vol. 1, núm.1, 1988.
[11] Zendejas Romero, Juan Sergio, *Op. Cit.*, p. 22.
[12] *Idem.*

Aquí debemos entender por espacio social los procesos históricos de formación y redefinición reciproca, tanto de ciertos grupos sociales como de sus prácticas, y el espacio social es aquél que provee las condiciones específicas en las que se forman esos grupos y sus prácticas.[13] La intención, como sugiere Philip Abrams, es estudiar los efectos del poder destacando las dimensiones prácticas y procesales de su evolución o formación, es decir, estudiar la manera como esos procesos conforman a los sujetos sociales y, viceversa, como estos últimos participan de procesos de formación del Estado.

En este sentido, la propuesta de Monique Nuijten es distinguir ciertos patrones de organización de actividades, incluso de aquéllos denominados como ilegales, desorganizados y corruptos. Para esta autora las prácticas de corrupción operan en conjunción con procedimientos oficiales, y no puede ser concebida como una enfermedad que puede ser extirpada, pues muchas actividades ilegales se desarrollan en estrecha conexión con procedimientos formales, y no se puede analizar una sin la otra.[14]

En este sentido, lo que llamamos procesos de formación del Estado no se reduce al aparato burocrático, a las reglamentaciones y actividades de los políticos, sino implica la manera como se negocian las políticas públicas y se definen campos de significados en espacios sociales específicos y jerarquizados, espacios donde emergen o se disuelven sujetos sociales. De ahí que no existan relaciones exclusivamente verticales entre autoridades y grupos sociales, entre "Estado" y "sociedad civil" a la manera gramsciana. Por el contrario, nociones como poder y hegemonía tienden a ser descentralizadas, haciendo mucho más complejas las relaciones entre la burocracia estatal y la sociedad, entre las directrices de la política pública y la puesta en marcha de esas políticas en los espacios locales. De este enfoque se desprende que no se puede hablar de sociedad civil en contraposición al Estado, pues ninguno de esos espacios es coherente y homogéneo.

De ahí que exista una incapacidad de las autoridades para imponer "proyectos coherentes y sin fisuras". Por ejemplo, Derek Sayer duda de la existencia de estos proyectos hegemónicos y argumenta que:

[13] *Ibid.*, p. 16.
[14] Nuijten, Monique, *Power, community and the state. The political antropology of Organisation in Mexico*, England, Pluto Press, 2003, p. 3.

> los distintos grupos que actúan desde el Estado con frecuencia tienen posiciones diferentes y hasta contrapuestas sobre asuntos particulares (tenencia de la tierra, indigenismo, recursos naturales, energía eléctrica, por ejemplo), lo que dificulta la existencia de proyectos estatales sin fisuras.[15]

El grado de coherencia de los proyectos estatales desaparece cuando se trasladan a la práctica, ya que no siempre se cuenta con la audiencia deseada por el Estado, o la respuesta no le es favorable enteramente:

> Así, ocurre que proyectos diseñados para controlar, muchas veces son utilizados también para resistir; o, en otras ocasiones, los proyectos estatales son limitados o confinados de diversas y complicadas maneras al ejecutarse... Lo que procede, es deconstruir las grandes narrativas de lo estatal y de sus reclamos autoritarios de unidad, coherencia y racionalidad, ya que el Estado —al igual que su contraparte, la cultura popular— no es algo acabado, sino un proyecto siempre en construcción.[16]

Todo proceso de formación del Estado conlleva una revolución cultural,[17] en donde se busca legitimar las prácticas, los símbolos, y el lenguaje de la clase política, delineando también el contorno de la nación. Para Benedict Anderson, la construcción de lo nacional, o la construcción de la nacionalidad es un tipo de comunidad imaginada. La lectura de periódicos, informes, contratos, folletos políticos o novelas sobre figuras novedosas, son apropiadas por distintos grupos. Sin embargo, la nacionalidad, una vez instituida, se vuelve un modelo autónomo que va teniendo su difusión cultural. El nacionalismo oficial es para Anderson aquél que promueve de manera consciente y autoreflexiva una política de nacionalismo que busca apuntalar regímenes dinásticos, creando su propio idioma ritual.[18] En el caso de la

[15] Citado por Velázquez Hernández, Emilia, *Territorios fragmentados. Estado y comunidad indígena en el istmo veracruzano*, México, ciesas/El Colegio de Michoacán, 2006, p. 31.
[16] *Ibid.*, p. 31.
[17] Corrigan, Philip y Derek Sayer, *The Great Arch: english State Formations as Cultural Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.
[18] Roth, Andrew y José Lameiras, "Discurso oficial y política moderna. Temática y problema antropológicos", en Andrew Roth Seneff y José Lameiras (editores), *El verbo oficial*, México, El Colegio de Michoacán, iteso, 1994, pp. 20-24.

revolución mexicana, la retórica oficial promovió estereotipos sobre lo nacional que simulaban una unidad, una mexicanidad que legitimaba el liderazgo de los dirigentes de ese estado-nación. Sin embargo, las condiciones históricas de la difusión de estos discursos son distintas para los diferentes grupos sociales. Así, todas las historias habladas o escritas son producidas en un campo social simbólicamente constituido. Las historias que se crean son siempre retrospectivas porque finalmente los contornos del pasado son delineados y fijados desde el presente. La contingencia de la historia como acción es siempre mitigada por la escritura de la historia como representación que la ordena y la explica. Entre la contingencia del hecho histórico y la escritura de la historia ocurren procesos de interpretación en donde intervienen las condiciones de subproducción y representación histórica.[19] En todo ello, intervienen las relaciones de poder, de manera que existen diversos tipos de conocimiento en la sociedad. Así, la historia es un campo de disputa ideológica, en donde las versiones oficiales predominantes del pasado, tienen un contrapeso en las historias contrahegemónicas. La repetición de actos cívicos, ceremonias luctuosas o conmemorativas a los héroes nacionales, y los símbolos patrios crean un efecto de verdad. En este sentido la tarea de los historiadores es crear una historia crítica, que vaya más allá de la máscara que oculta las prácticas políticas de grupos que operan en los ámbitos de poder. Que trasciendan la historia institucional e incorpore a los grupos, a amplios sectores sociales dentro de la historia política mexicana.

A continuación me referiré a dos producciones culturales que critican al sistema político mexicano: la novela *La sombra del caudillo,*[20] de Martín Luis Guzmán, publicada por Espasa-Calpe en 1929, y una novela de reciente aparición, en 2013, llamada *Los corruptores,* de Jorge Zepeda Patterson. La primera de ellas fue prohibida en su momento, y cuando el cineasta Julio Bracho la adaptó para un guion cinematográfico, fue censurada, esto es en la jerga cinematográfica, se le *enlató* por muchos años, hasta que durante el gobierno de Salinas de Gortari comenzó a circular nuevamente.

[19] Alonso, Ana María, "The Effects of Truth: Re-presentations of the Past and the Imagining of Community", *Journal of Historical Sociology* 1, 1988, p. 34.
[20] Guzmán, Martín Luis, *La sombra del Caudillo, Obras Completas,* T. II, México, FCE/INEHRM, 2010, p. 73

La novela de *Los Corruptores* aparece en septiembre de 2013, debida a la pluma del periodista de investigación y analista político Jorge Zepeda Patterson, quien creó un relato policiaco y nos muestra una imagen de los poderes públicos donde el ejercicio de la política pareciera algo inverosímil, como bien señala el propio Patterson, en una nota al final de su novela:

> En noviembre de 2008 se cayó el avión en que viajaba Camilo Mouriño, secretario de Gobernación y brazo derecho del presidente de entonces Felipe Calderón. El mismo puesto que ostenta nuestro personaje Augusto Salazar. En noviembre de 2011, José Francisco Blake, quien había sustituido a Mouriño, falleció cuando se desplomó el helicóptero donde viajaba. Cualquier novelista que hubiera usado dos veces el mismo recurso, un accidente aéreo, para matar al secretario de gobernación en el mismo periodo presidencial habría sido tildado de fantasioso y su guion de inverosímil.
>
> Con lo anterior quiero decir que la trama de esta novela se queda corta con respecto a lo que realmente sucede en las esferas del poder en México y, para el caso, en cualquier otro país. Gran parte de las situaciones aquí descritas son ciertas. Están cambiados los nombres y los lugares geográficos donde tuvieron lugar. Pero las descripciones de la clase política, los escándalos y el análisis de los procesos históricos derivan en gran medida de la experiencia de mi ejercicio como periodista durante más de 20 años.[21]

Ambas novelas, la de Luis Guzmán y la de Zepeda Patterson, tienen diferencias. La primera fue escrita cuando comenzaban a institucionalizarse una serie de prácticas políticas, y con esto me refiero a que ellas aún no gozaban del soporte hegemónico que tendrán en las décadas subsecuentes. En el caso de la novela de Patterson, la descripción y las posiciones críticas del escritor respecto al sistema político se hacen desde un polo completamente opuesto. Mientras Martín Luis Guzmán critica un conjunto de prácticas políticas que buscaban consolidarse al interior de un régimen de gobierno triunfante, Patterson lo hace desde la otra punta de la madeja, desde la visión de un sistema político en crisis, agotado, sin legitimidad y con enormes problemas derivados de

[21] Zepeda Patterson, Jorge, *Los corruptores,* México, Planeta, 2013.

la corrupción generalizada y de la irrupción del narcotráfico y el crimen organizado en las diversas esferas del gobierno. No obstante, lo que me interesa destacar de ambas, novelas es una característica que las hace semejantes: en ambas el sistema político es criticado y descrito de manera transparente. En ellas no parece haber ningún velo que cubra las prácticas políticas, en las dos se describe a los personajes y a los márgenes de maniobra que mantienen respecto de los intereses que representan, o de aquellos que se les oponen. Es esta transparencia en la manera de entender la política de parte de ambos escritores lo que llama mi atención, toda vez que en los círculos académicos durante mucho tiempo hemos reproducido y mitificado una idea de Estado y una idea de política que, antes que contribuir a develar el ejercicio del poder y la autoridad, parecen más bien encubrirlo o enmascararlo, de tal manera que el Estado aparece cosificado en nuestros escritos, como la máscara que oculta a los personajes y grupos de poder y a sus prácticas políticas, las cuales conforman el entramado institucional de eso que convencionalmente llamamos Estado.

La novela política de México: *La sombra del Caudillo*

La narrativa comprende un enorme espectro de formas discursivas que incluye géneros tanto populares como cultos.[22] Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, son tres de los prolíficos escritores ateneístas que vivieron de cerca la revolución mexicana. En su obra literaria y sus memorias encontramos narraciones de acontecimientos significativos, los cuales nos remiten a diversos personajes históricos. Son escritores que vivieron la revolución y escribieron en la posrevolución, justo al ejecutarse los proyectos de unidad nacional y de reconstrucción social y política. Aparte de su obra literaria, su correspondencia epistolar constituye una fuente de conocimientos sobre

[22] Teun A. van Dijk (Comp.) *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I. Una introducción multidisciplinaria*, 2ª reimp., Barcelona, Gedisa, 2003, p. 271. El auge histórico de la novela tiene que ver con la atención prestada "al paisaje mental" que incluye los estados emotivos, moral, perspectivas y motivos de los protagonistas cuando participan de un suceso narrativo importante. Es el clima psicológico lo que pinta a los protagonistas como héroes o heroínas, o como bufones de comedia. Aristóteles observaba, por ejemplo, que una tragedia se basaba en establecer que el protagonista poseía una elevada fibra moral y que era sin saberlo, víctima de las circunstancias.

la cultura en México. Aunque no todos los ateneístas siguieron el mismo camino en lo político. Las obras de José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán nos remiten necesariamente a la revolución mexicana; adentrarnos a sus vidas es tener como marco de referencia los acontecimientos de las dos primeras décadas del siglo XX.

Desde muy joven Guzmán leyó obras de Rousseau y de Víctor Hugo. Gracias a una tradicional procesión de antorchas y proferir un discurso sobre "Morelos", Guzmán entró en contacto con Jesús T. Acevedo, quien lo presentaría con Vasconcelos, Pedro Enríquez Ureña, Antonio Caso, Julio Torri, Carlos González Peña. Cada semana se reunían en casa de Antonio Caso y leían literatura clásica; fue así como comenzó su gusto por la literatura, el arte y la filosofía. Leyó las obras de Schopenauer, Kant, William James y Bergson; Tácito, Plutarco, Cervantes, Quevedo, Granada y Gracián.[23]

La sombra del caudillo [24] es tenida por la crítica literaria como la primera gran novela política en México. Cuenta el propio Guzmán que se encontraba en Madrid, España, escribiendo la primera parte de una trilogía novelística que pintaría a la Revolución convertida en régimen de gobierno. La primera etapa sería sobre Carranza; la segunda, sobre Obregón, y la última sobre Calles, cuando llegaron a sus manos periódicos de México que narraban la muerte del general Francisco Serrano, y vio impresas doce o trece esquelas de los hombres ejecutados en Huitzilac, Morelos. En ese momento se dedicó a escribir *La sombra del caudillo*, y cuenta él mismo que tan apasionado estaba, que los últimos cuatro capítulos los escribió en un día. Aquí, retratados en las prácticas del poder político unipersonal, aparecen Álvaro Obregón, como el caudillo gobernante, y Plutarco Elías Calles, como el Secretario de Gobernación, su sucesor.

También narra Martín Luis Guzmán que cuando la novela llegó a México, el general Calles se puso frenético y quiso dar la orden de detener la circulación, mas Genaro Estrada[25] intervino y le hizo ver a

[23] Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana*, 3ª ed., México, El Ermitaño, 1989, p. 78.
[24] Martín Luis Guzmán cuenta que el personaje de la novela Axkaná González "es el único personaje inventado, que como su nombre lo indica tiene sangre de las dos razas, la indígena y la española. Axkaná representa en la novela la conciencia revolucionaria. Ejerce en ella la conciencia reservada en la tragedia griega al coro: procura que el mundo ideal cure las medidas del mundo real", en Carballo, Emmanuel, *Op. Cit.*, pp. 88.
[25] Genaro Estrada, escritor, diplomático, miembro del Ateneo, autor de la famosa Doctrina Estrada en política exterior, la cual no permitiría el otorgamiento de constancias o el reconocimiento de

Calles el error que iba a cometer, pues la novela circularía más si se le prohibía, y además, la prohibición iba contra las libertades constitucionales. A los editores de Espasa Calpe se les amenazó con cerrar sus oficinas en México y expulsar a sus representantes salvo que no publicaran ni una obra más de Luis Guzmán cuyo tema fuese posterior a 1910.

La obra literaria de Martín Luis Guzmán es vasta. Los preceptos que rigieron su vida como hombre de letras fueron la ética, la estética y la política. Además:

1.-Sabía interesarse por todas las cosas, "desde el modo, por ejemplo, como un afilador usa la muela, hasta las más recónditas alternativas del ánimo... mediante las cuales un espíritu rencoroso y vengativo es capaz de perdonar, y aún llegar a querer a quien deliberadamente le haya hecho el mayor de los daños...

2.- Tenía conciencia del oficio y del arte de escribir... para sentir el genio del idioma en la lectura de los clásicos y grandes escritores de todas las épocas...

3.-No confundir lo permanente con lo que en ello hay de transitorio o superficial...

4.- Rehuía imitar a nadie y no intentaba escribir nada, como no sea a título de ensayo o ejercicio, si antes no había escuchado dentro de sí su propia vibración...

5.- No se envanecía con la propia obra, considerándola inmejorable...

6.- Dejaba libre al crítico, íntegramente, su radio de acción. No se enojaba con él; consentía en que su esfuerzo, cuando aquilataba una obra, era tan respetable como el esfuerzo de quien la había creado.[26]

Las formas de hacer política en nuestro país durante la segunda década del siglo xx, fueron descritas magistralmente por Martín Luis Guzmán, justamente en el mismo año en que Calles llamó a la unidad de "la familia revolucionaria" y convocó a la creación del Partido Nacional Revolucionario (1928) el cual luego se convertiría en Partido de la Revolución Mexicana y hoy todavía se llama Partido Revolucionario Institucional.

México a los cambios de gobierno súbitos o causados por golpes de estado, lo que evitaría cualquier tipo de presiones y chantajes diplomáticos externos hacia nuestro país.

[26] Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México. Porrúa, 2003, pp. 70-71.

En su novela criticó a las instituciones del gobierno de Obregón, al ejército en concreto. Sin embargo, el valor de ésta radica en que Luis Guzmán fue visionario al señalarnos lo que devendría en una cultura política engendrada por el sistema del partido único de los gobiernos de la posrevolución. Proyectó —como gran adivino— el surgimiento de las prácticas corporativas, del presidencialismo, del plagio, de todo lo que hay de maquiavélico en la política. Evidenció la corrupción de los políticos, el llamado madruguete ("o madrugas o te madrugan"); el famoso dedazo de la sucesión presidencial; el acarreo político; el fraude electoral; el crimen político; la traición y otras prácticas de la política mexicana. Más sobre todo, el escritor chihuahuense nos dejó muy en claro que en la política no hay amigos.

Desde luego en la novela no se hace ningún tributo a Calles, más bien se desmitifica al antiguo maestro de primaria, al agricultor, al comerciante. Ninguna reminiscencia al Calles maderista vuelto comisario de Agua Prieta, antidelahuertista, político, militar. El Calles que pasa de coronel a General, de gobernador de Sonora a candidato presidencial de la República. No hay personaje rememorado; no vemos al simpatizante de Carranza; al que derrotó a Pancho Villa en su intento por tomar Agua Prieta. No aparece un Calles reformador de la educación, el que inauguró la normal para profesores. Quien prohibió el alcohol y los juegos de azar y expulsó a sacerdotes. Quien alentó la fundación del banco de México y el banco agrícola. Nada de Calles y sus cuatro mil escuelas rurales, escuelas secundarias y algunos centros agrícolas. No aparece el Calles progresista, el reformador, el que tenía "fe en la evolución y la razón".

La novela *La sombra del caudillo* aborda el tema de la sucesión presidencial, donde las lealtades políticas son puestas a prueba. El caudillo de la novela (Álvaro Obregón) designa a su sucesor presidencial, Hilario Jiménez (Calles), en tanto que el Ministro de Guerra, Ignacio Aguirre (la suma de Adolfo de la Huerta y Francisco R. Serrano) mantiene una conversación con el caudillo. El caudillo ha decidido sacar de la jugada al Ministro de Guerra, y al no creer en su lealtad lo lleva a que se declare candidato contrincante de Hilario Jiménez por la presidencia; esto, sin la anuencia del caudillo.

Cuando los rivales se encuentran para aclarar las preferencias del caudillo, Aguirre expone que por lealtad al mismo debe renunciar a

competir por la presidencia; pero al igual que el caudillo, Hilario Jiménez no le cree, le pide como prueba que entregue a sus mejores amigos, que renuncie a la Secretaría de Guerra y que se ausente. Aquí, Ignacio Aguirre no está dispuesto y deja que sus amigos lo postulen como candidato; en tanto, en la cámara de diputados se discute sobre la corrupción de ambos aspirantes. Veamos como lo describe Martín Luis Guzmán:

> En la cámara de diputados el destino de Ignacio Aguirre siguió tejiéndose inquebrantablemente. Todos sabían allí que el Ministro de Guerra rechazaba su candidatura; pero para todos, amigos y enemigos, aquello no era sino una simulación, un ardid de que se valía el presunto candidato de los radicales progresistas para conseguir desde el principio ventajas mayores. Así sus partidarios más entusiastas no se desanimaban ni se impacientaban: se regocijaban, suponían a Aguirre tendiendo los últimos hilos de la trama militar que luego, mexicanamente, los llevaría al triunfo.
>
> Desde la cámara de diputados ... Olivier denunció a Ricalde como un impostor, como un explotador de obreros que se enriquecía a nombre de los ideales revolucionarios. Ricalde, por su parte, narró la historia del manejo de fondos en el estado que había gobernado Olivier. Éste ahondó más entonces; hizo inventarios de las propiedades de Ricalde antes y después de su encumbramiento como líder; citó sus cuentas en los bancos; pintó su vida –sibarítica orgiástica- y demostró por último que Ricalde vendía al gobierno en doscientos o trescientos, lo que apenas costaba setenta u ochenta en las fábricas por él regenteadas... López Nieto el campesino cayó con furia sobre la reputación de Aguirre, habló de la vida de crápula del candidato, de su venalidad, de sus cinco hogares, de Paquita Arévalo, de sus enjuagues con Remigio Tarabana, y terminó su discurso con tremenda anticipación de los males que acarrearía al país de la obra corruptora de Aguirre cerca del ejército.... Juan Manuel Mijares se abalanzó a la tribuna; iba a hacer trizas la figura presidencial de Hilario Jiménez, si algo quedaba de ella. Relató violencias, peculados, hazañas siniestras y toda una historia de insinceridad pública en que el falso agrarismo se traducía en misteriosas adquisiciones de haciendas y latifundios, y el amor a las masas, en enriquecimiento propio... En medio de las exclamaciones frenéticas de los unos y del murmullo sordo de los otros, osó Olivier lo que nadie hasta entonces, desnudar implacablemente de todo su relumbre, de toda su pompa, de toda su aureola de líder máximo, indiscutible, la figura del hombre con quien nadie se atrevía: el caudillo.
>
> El discurso de Olivier que reproducirían al día todos los periódicos de la República, dio al debate breve tregua: pero se la dio con presentimientos trágicos. La sesión concluía deshecha en violencia; en los pasillos un diputado mataba a otro; en el vestíbulo y la calle el choque de las porras dejaban heridos y muertos.[27]

El desenlace de la novela es que el general Aguirre, traicionado por sus amigos militares, es hecho prisionero, llevado a un acantilado, fusilado con un grupo sublevado a los cuales se les aplicó la ley fuga. Axkaná, el personaje con mayor conciencia política en la novela, logra sobrevivir. Herido de bala en el suelo mira cómo el mayor Manuel Segura, después de dispararle al general Aguirre, le roba de sus bolsillos un puño de billetes manchados de sangre y hecha a correr. Así concluye la novela, que llevó magistralmente a la pantalla el cineasta Julio Bracho en 1966 y que estuvo enlatada hasta el salinismo, gobierno que autorizó su reproducción. Los hechos corresponden en la vida real al fusilamiento del general sublevado Francisco R. Serrano durante el gobierno de Álvaro Obregón.

Como todo relato narrativo, la novela de Guzmán mantiene un objetivo que ordena la construcción de la narración: en muchos casos el objetivo es la evaluación moral de un hecho acaecido, de una acción o de un estado psicológico relacionado con una serie de acontecimientos. En este sentido el relato posee una serie de elementos constitutivos y reglas que lo ordenan, entre ellas tenemos:

a) **El marco o contexto físico, social o temporal**, que en el caso de nuestra trama seria el México de la posrevolución, donde se intentaba consolidar un régimen político y forjar diversas instituciones, luego de un pasado inmediato de luchas internas. En este caso, Guzmán describe y opina de manera gradual sobre diferentes aspectos del sistema político, los cuales mantienen la tensión dramática de los personajes.

[27] Guzmán, Martín Luis, *Op. Cit.*, pp. 130-131.

b) **Un suceso inicial**, que en este caso son las elecciones presidenciales, y las prácticas ritualizadas relacionadas con este suceso. Ellas son parte de un conjunto de reacomodos políticos, en los que la toma de posición de los personajes protagónicos sirve de marco interpretativo, tanto a la dimensión psicológica de los personajes, como a la profundidad social e histórica de los mismos.
c) **Una tentativa abierta**, es decir, la forma como los argumentos de la trama en algún momento de la narración muestran múltiples posibilidades de acción para sus personajes. Sin embargo, la elección de una de ellas necesariamente llevará a un punto central, donde la decisión tomada otorgue sentido de unidad tanto a la complejidad del inicio de la trama como al desenlace de la misma. Este punto, que algunos autores denominan clímax narrativo, nos permite entender la manera en que las decisiones tomadas se articulan con las condiciones expuestas en el marco o contexto físico social de la novela. En el caso de *La sombra del caudillo*, la decisión de Ignacio Aguirre, al desafiar los designios del caudillo y, por tanto, los rituales y las prácticas políticas que norman la elección de los candidatos a la presidencia, marca el desenlace mismo de la novela.
d) **Una consecuencia**. Aquí se cristaliza la manera como el autor entiende el actuar de sus personajes dentro del marco de posibilidades que él mismo les otorga. En este caso, es la muerte de los protagonistas la que explica sus pocas posibilidades de acción dentro de un sistema político que comenzaba a consolidar a un nuevo grupo dirigente.

Considerando estos puntos integradores de la trama narrativa de la novela, me interesa destacar la manera como en ella el marco contextual es central a la trama, a la construcción de los personajes y a las acciones que estos realizan. Dicha importancia sólo se explica por el interés que el autor tiene en mostrar y verter opiniones sobre el sistema político mexicano del momento, pero también porque dicha complejidad busca hacerla aprehensible al lector. Para Martin Luis Guzmán, el lector es el blanco de su narración; es decir, logra que éste quede inmerso en la trama, como si él mismo fuese el sobreviviente que tuvo acceso al conocimiento del drama político acaecido.

Así, la novela ubica a los personajes cuya actuación sólo se entiende en el marco de ciertas condiciones de posibilidad, cuya transgresión da origen a un drama de carácter político, en el cual es hasta cierto punto predecible el final funesto. Ésa es una de las intenciones del autor: mostrarnos la rigidez de un sistema político, sus rasgos de autoritarismo, y su ejercicio del poder.

En este sentido la obra es visionaria, al menos en cuanto a su percepción del ejercicio del poder y de las instituciones del México posrevolucionario. Pareciera adelantada a su tiempo, por el hecho de que los estudios histórico–sociológicos del momento se centraban en la tensión entre modernidad y atraso. Sería hasta fechas muy posteriores, en la década de los años cincuenta, que corrientes revisionistas criticarían los alcances y los logros sociales de la Revolución, caracterizando al sistema político mexicano a partir de modelos de análisis que daban un papel central a diversos mecanismos de mediación política o caciquiles y de instituciones y mecanismos clientelares.

Pese a todo, estudiosos e investigadores continuaron viendo al Estado cosificado como una entidad dotada de autonomía, con metas e intenciones propias. En fechas recientes, la investigadora Monique Nuijten ha señalado que estos estudios se olvidan de "... la parte sucia y caótica del Estado, [de las] diferentes dimensiones de poder que sólo se aclaran cuando nos fijamos en la dinámica dentro de las instituciones del Estado y cuando se sigue el proceso informal de negociación y solución".[28] En este sentido, sólo fue hasta hace pocos años que los estudiosos han puesto en duda, como señala Emilia Velázquez "la existencia de proyectos hegemónicos coherentes", pues los grupos que actúan desde las instituciones de gobierno: ... tienen posiciones diferentes y hasta contrapuestas, sobre puntos particulares, lo que dificulta la existencia de proyectos estatales sin fisuras". Esta falta de coherencia, a la que los investigadores han dado importancia en fechas recientes, ya era señalada por Martin Luis Guzmán en su novela *La sombra del caudillo*, en 1929.

Para Philip Abrams, como hemos visto líneas arriba, el "Estado no es la realidad que está detrás de la máscara de la práctica política", sino que el "estado es la máscara", por lo que el reto de investigación para

[28] Nuijten, Monique, *Op. Cit.*, p. 6.

muchos historiadores sociólogos y antropólogos es atender a las maneras como el Estado se construye y se sostiene. Más, como sostiene Derek Sayer, siguiendo el planteamiento de Abrams, no debemos, con nuestras propias categorías, reproducir la tergiversación de ver al Estado como un sujeto actuante, sino que habría que deconstruir las grandes narrativas de la naturaleza del Estado y su afirmación desde la autoridad, la utilidad, la unidad, la coherencia y la racionalidad, pues es muy fácil, cuando se habla del Estado, convertirlo en sujeto, pero es igualmente peligroso atribuirle unidad, coherencia y solidez a las llamadas culturas populares.[29]

Así, lo que logra dimensionar Martín Luis Guzmán desde el ejercicio de la narrativa, es la complejidad del sistema político, su falta de coherencia, y el ejercicio del poder, entendido como inherente a cualquier tipo de relación. Es aquí donde retomo a Jean y John Comaroff, quienes sostienen lo siguiente:

> El poder es una cualidad intrínseca de lo social y cultural... como la (relativa) habilidad de los seres humanos a mostrar las vidas de otros ejerciendo el control sobre la producción, circulación, y consumo de signos y objetos, sobre la construcción de las realidades y subjetividades. Hay poder en los modos de acción, pero también está inmerso en las formas de vida cotidiana, en las percepciones humanas y en las prácticas desarrolladas en los caminos más convencionales. Siendo "naturales" e "incuestionables", tales formas son vistas más allá de la acción humana, como si los intereses a los cuales ellas sirven fueran para todos los hombres por igual. Este tipo de poder desligado de la acción satura todas las cosas como estéticas y éticas, construye formas y cuerpos de representación, conocimiento médico y producción material. Y sus efectos son internalizados en su sentido negativo como constreñimientos o reglamentaciones; en su sentido neutral como convenciones (acuerdos); y en su sentido positivo como valores.
>
> Por tanto, el poder podemos comprenderlo dentro de un cambiante campo semántico de cultura, como un campo de producción simbólica y práctica material encausada (habilitada) en complejos caminos... el significado del mundo es siempre fluido y ambiguo, está parcialmente integrado en un mosaico de narrativas, imágenes y prácticas significativas. Estas formas –las cuales son indivisibles, semántica y materialmente, social y simbólicamente– parecen ser al mismo tiempo, coherentes y caóticas, autoritarias y consensuales, altamente sistemáticas y previsibles, consensuales e internamente contradictorias...[30]

[29] Sayer, Derek, "Formas cotidianas de formación del Estado. Algunos comentarios disidentes acerca de la hegemonía", en Joseph Gilbert M. y Daniel Nugent (Comp.), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*. México, Era, 2002, pp. 231-232.

Parte de esta complejidad, en la que los investigadores recientemente han fijado su atención, Martin Luis Guzmán ya la consideraba hacia la segunda década del siglo xx, por el hecho mismo de su cercanía con varios personajes protagonistas de las historias que narró; no obstante, de la vida privada del escritor sabemos muy poco. Cuando el crítico literario Emmanuel Carballo le preguntó a Guzmán cómo definía su carácter, él contestó: "no sé hasta donde pueda uno conocer su propio carácter, porque inevitablemente hay una interacción, y a veces hasta una confusión entre lo que uno es, lo que cree ser y lo que los demás le dicen que es".

Así, al leer la vieja novela de Martín Luis Guzmán, podemos reconocer los significados, valores y prácticas políticas de México en los años veinte del siglo pasado, los cuales sorprendentemente siguen formando parte de nuestro presente. Así, si cambiáramos los nombres de los personajes de la novela de Luis Guzmán, por los protagonistas de la política de hoy en día, nada nos resultaría sorprendente. Quizá el encumbramiento que hacen los medios de comunicación de ciertos políticos, de sus "nobles sentimientos de amor a la "patria", y sus "heroicos esfuerzos de construcción de obras públicas", es parte de la estrategia discursiva entre los gobernantes que ocultan los verdaderos intereses de grupos empresariales sobre los recursos naturales y energéticos, sin ningún plan nacional, sin rumbo, y con un montón de discursos políticos que deben repetirse hasta lograr su efecto de verdad. Ya el propio Martín Luis Guzmán nos advertía... en la política no hay amigos, "o madrugas o te madrugan", ésta es, desafortunadamente, la máscara de nuestro presente.

[30] Commaroff, John y Jean Comaroff, *Ethnography and the historical imagination*. Westview Press, 1992.

Entonces me gustaría subrayar que la propuesta, a propósito del estudio y la escritura de la historia política, es que sea más descentralizada; hacer un tipo de historia política que vaya vinculada a lo que algunos estudiosos han dado en llamar procesos de formación del Estado. Es decir, analizar la participación de los grupos sociales en la conformación de instituciones y en la definición de las políticas públicas, así como en la definición de los campos de significado que son disputados por ciertos grupos sociales. Esto representa un nuevo campo de estudio para los historiadores que quieran redefinir un tipo de historia más incluyente.

LA PRENSA: UNA RUTA EN LA HISTORIA CULTURAL

Zenaida Adriana Pineda Soto
Archivo Histórico, UMSNH

Mientras se desmoronaban las ideologías; mi generación estudiantil tuvo la oportunidad de escuchar lecciones de don Luis González y González, historiador michoacano que tuvo a bien mirar por la "matria y la patria"; en consecuencia, a pesar de las crisis de las ideologías y métodos, la microhistoria se ofrecía como un eje para los estudiantes de la entonces Escuela de Historia. Don Luis González representó el ejemplo más cercano de que podían escribirse trabajos percibiendo cómo los contextos, marcados por estructuras, experimentaron los acontecimientos: *Pueblo en vilo,* se convirtió en un arquetipo para entender, "desde el Punhuato y el Quinceo" —oteros que enmarcan la ciudad de Morelia—, que entre estructuralistas, materialistas históricos, microhistoriadores o los cuantificadores, podíamos plantear una tesis mirando nuestro entorno, para correlacionar la realidad con sus cambios y dinámicas históricas; sacando casta y amor por el terruño. Aún impulsada por esas lecciones y compartiendo el propósito con los colegas del cuerpo académico, por involucrar a las nuevas generaciones de estudiantes de nuestra Facultad a las alternativas metodológicas de una manera elemental, es que van estas reflexiones de mi parte —como una minuta de la experiencia—, con el ánimo de acercarles al estudio de la prensa, amparándonos en las renovadas visiones e intereses que la historia y sus enfoques nos facilitan.

1989 fue un año de coyuntura y acoplamientos para las corrientes y métodos históricos. El cambio de los paradigmas, a raíz del desplome del socialismo, impulsó no sólo a los historiadores a renovar y en-